

# **HORA DE PAGAR**

**Celia Walden**

Traducción: Carmen Bordeu

MÓTUS

## PRÓLOGO

—TE HAS OLVIDADO LA SALSA de carne otra vez. —Terry inspeccionó su bocadillo de beicon, suspiró y le dio un mordisco—. Estos tienen que estar terminados al final del día. —Señaló el palé cercano de bloques de hormigón y miró a su cuadrilla sin mucha esperanza—. Ey.

Pero estaban reunidos alrededor de un iPhone, viendo un videoclip en YouTube.

—Vamos. ¿Dónde está la mezcladora? A trabajar.

Terry caminó entre los montones de ladrillos y madera hacia la parte trasera de la obra. En un rincón, a la sombra de un edificio grande y abandonado al que daba la obra, estaba la mezcladora.

—Cabrones inútiles —murmuró.

Entonces vio al hombre. Se fijó en su traje —“ostentoso”, habría dicho su mujer—, sus zapatos —como los mocasines de gamuza que usaban los escandalosos tipos de Chelsea, pero con una cadena dorada en la parte superior— y las rejas de hierro en las que estaba empalado. La amalgama de pan y beicon salió volando de su boca.

—¡Steve! —se oyó decir viendo el trozo de carne que la reja que atravesaba el abdomen del hombre empujaba hacia

afuera. Y luego, emitió un grito que sonó estridente, femenino. —¡Steve!

Para cuando el capataz se le acercó, Terry se estaba palpando los bolsillos de la sudadera.

—Dame tu teléfono, tío —logró pronunciar sin apartar los ojos del cuerpo.

Y cuando todo lo que Steve pudo hacer fue repetir “Mierda. Mierda”, Terry se lo quitó y llamó al 112.

Solo después de decirle a la voz impasible en el teléfono “Hay un tipo muerto en nuestra obra”, después de recorrer con la mirada el cadáver ensartado en las puntas de hierro frente a la fachada blanca que se alzaba detrás, después de darse cuenta y decirle al operador “Debe de haberse caído”, solo entonces, Terry vio que el pie del hombre se movía.

# CAPÍTULO 1

*JILL*

*Jueves 5 de agosto*

“CONTESTA, CONTESTA, CONTESTA”. SENTADA EN el sendero de entrada de su casa, con una blusa, la falda de trabajo y unas pantuflas forradas de lana, Jill miraba con fijeza la única letra que aparecía en la pantalla de su iPhone. “A”. La inicial era como una admisión de culpabilidad. Como su empleada, habría sido natural que Alex figurara en su lista de contactos, profesionales y personales. Solo que la conexión de Jill con “A” no tenía nada de legítima, y mucho menos de justificable; y desde hacía media hora, sobraban motivos para ocultarla.

“Bienvenido al servicio de mensajería de O2. La persona a la que usted está llamando no puede atenderlo en este momento”. La gente no te cuenta que el caos tiene un sonido: un latido ruidoso, agitado, intravenoso. Y es ensordecedor. No te cuenta que una vez que has invitado a ese ruido blanco a tu vida, no hay manera de apagarlo.

Jill cortó —dejar un mensaje era demasiado arriesgado, y en los cuatro intentos anteriores para contactar a Alex, ya había tomado la precaución de ocultar su identificador de llamadas— y se dejó caer hacia delante para apoyar la frente

en el volante, obligándose a respirar. Inspirar, espirar, inspirar, espirar... ahora despacio, despacio. Cada espiración empañaba el logotipo de cromó alado en el volante y Jill observaba cómo se disipaba la capa brumosa antes de volver a espirar.

“La policía dijo que nos llamarían”. Eso fue lo que había dicho Paul. Podían pasar horas. O minutos. Y no podía tener esa conversación sin haber hablado con Alex.

—¿Dónde *estás*? —En voz alta, las palabras sonaban alarmantes. Imperiosas.

Se preguntó qué pensarían los vecinos si la vieran sentada en el coche, hablando sola. Se preguntó si Stan, que estaba dentro, se habría dado cuenta de su ausencia, y cuánto podía soportar un ser humano antes de que, como un sistema eléctrico sobrecargado, estallara y se apagara.

El zumbido del móvil la devolvió al presente, pero solo era otro mensaje de Paul. “Está en las noticias”. Con dedos torpes, Jill introdujo la llave en el contacto, encendió la radio y se quedó sentada como atontada escuchando una conversación amplificadas entre un presentador de la LBC y un activista vegano antes de que por fin pasaran a las noticias. Jamie era el tercero en la lista. Solo que ya no era Jamie sino “un hombre de cuarenta y seis años encontrado empalado en las rejas de una obra en construcción en el noroeste de Londres”.

Era solo cuestión de tiempo antes de que en la oficina descubrieran que el hombre muerto era el jefe, y mientras el “reportero en el lugar de los hechos” daba detalles que Jill no pudo dejar de oír, se imaginó la noticia propagándose de un escritorio a otro en forma de gritos sorprendidos y correos electrónicos desenfundados y sin signos de puntuación. Vio las manos sobre las bocas, las lágrimas de incredulidad: la confusión. Como socios de Jamie, les correspondía a ella y a Paul hacer un anuncio; ‘controlar’ las repercusiones. Pero ir a la oficina era impensable, hasta que no hablara con Alex. Y después estaba Nicole.

El nombre de su colega no estaba disimulado con una inicial, aunque debería haberlo estado, y verlo en la pantalla de su móvil no hizo que Jill se sintiera menos tóxica. Su propio nombre tendría un efecto similar en estas dos mujeres, se dio cuenta. Ahora, eso las unía.

“Te has comunicado con Nicole Harper. No puedo atenderte en este momento, pero ya sabes lo que tienes que hacer...”. Que ambas mujeres derivaran las llamadas al buzón de voz, a pesar de los repetidos intentos, no era una buena señal. Pero nada de aquello lo era, ¿y qué podía hacer Jill sino intentar, intentar y volver a intentar?

—¿Hola? —La voz de Nicole sonó alegre, pero de una manera artificial, como si lo hiciera en beneficio propio. Entonces Jill recordó que tenía oculto su número.

—Soy... —Se aclaró la garganta—. Soy Jill.

—Un segundo. —Un matasuegras sonó en el fondo, seguido de un barullo discordante de alegría infantil—. ¿Perdón? ¿Quién es? —Jill oyó el tintineo de una puerta al cerrarse, y toda la algarabía quedó aislada detrás.

—Soy Jill. —Cerró los ojos.

—Lo siento. Estoy en una fiesta infantil con mi hija; justo van a traer la tarta. ¿Te puedo llamar después?

—No. —Tenía que impedir que Nicole siguiera hablando y lograr que la escuchara—. Jamie está muerto. Lo encontraron esta mañana. La policía quiere hablar conmigo. Querrán hablar contigo también. —Las palabras brotaban deprisa—. Y, Nicole... —Jill oyó cómo bajaba el tono de su voz—. No puedo localizar a Alex.

Se oyó un ruido sordo en el otro extremo de la línea, seguido de silencio. Luego otro ruido y un susurro.

—¿Cómo?

—Todavía no se sabe. Lo encontraron en el teatro Vale esta mañana. Hay una obra detrás...

—¿Estaba en el teatro?

El cambio de tono hizo que Jill se enderezara. No era solo alarma, sino reconocimiento.

—Si sabes algo...

Al otro lado de la línea, Nicole dejó escapar un leve gemido. Luego se oyó un ruido ahogado. Y mientras Jill esperaba, observó su propio pie con la pantufla que golpeteaba con impaciencia junto a los pedales. No había tiempo para esto.

—Tenemos que encontrar a Alex.

Silencio.

—Nicole, ¿estás ahí?

—El teatro... hay una pequeña cúpula de cristal en el tejado...

La llamada de unos nudillos contra la ventanilla la sobresaltó, cada sinapsis estaba ahora en máxima alerta, cada palabra que Nicole estaba diciendo estaba silenciada, y levantó la vista hacia la cara de Stan, que la miraba desde fuera.